

II.

EL CONFIDENTE DE JULIA.

La señora de Blanfort, al verse ya en el coche, empezó á llorar, con un llanto nervioso y desgarrador.

Su sonrojo era mucho mayor, porque Rafael lo habia presenciado: su cabeza ardia, y se avergonzaba del exceso mismo de su desventura, con esa injusticia que empleamos á veces para con nosotros mismos, y que es una de las mayores desgracias del corazon humano.

Rafael la miraba y nada sabía decirle: de cuando en cuando sus labios se agitaban como si fuese á hablar, pero no dejaban escapar un solo acento.

Una vez tomó la mano de Julia, que pendia á lo largo de su cuerpo con profundo desaliento, y le dijo á media voz con acento grave y penetrante:

—¡Valor, amiga mia, valor!

La jóven le miró como si saliese de un sueño, y cesó en sus gemidos: entónces se avergonzó tambien de su llanto delante de un desconocido.

El silencio más profundo se estableció en el interior del carruaje. Julia, con el semblante oculto entre las manos, no sollozaba ya, pero lloraba de un modo invisible, y sus lágrimas caian como plomo derretido sobre su corazon.

Rafael la miraba sin decir una palabra: era un jóven de veintiseis años, de hermosa y simpática figura, ojos y cabellos negros, y facciones llenas de distincion: en su mirada habia algo de melancólico y soñador: la reflexion no debia tener mucho imperio en su naturaleza blanda é indolente; pero se conocia al mismo tiempo que el amor propio dominaba su jóven cabeza, y que sus pasiones debian ser ardientes y devastadoras.

Cuando llegaron á la puerta de la modesta casa de Julia, Rafael bajó del coche y ayudó á apearse á la artista, dándole el brazo para subir la escalera.

La pobre jóven subió con sumo trabajo los tres pisos de su casa: la criada abrió; pero Natalia y Adeline, que habian oido el ruido del coche, se asomaron por curiosidad á la puerta de la habitacion donde estaban, y vieron á Julia apoyada en el brazo de un desconocido.

—¡Dios mio, qué pálida estás! exclamó la niña corriendo hácia ella: ¿qué tienes?

Natalia se sonrió socarronamente y nada dijo.

—No tengo nada, querida mia, respondió Julia dejándose caer en la silla que encontró más cercana.

—¿Te has puesto enferma?

—Un poco, pero ya se pasó.

—¿Quieres que llame á Diego?

—¡No, no! no le incomodes.

—Señora, dijo Rafael, me retiro más tranquilo despues de tener el gusto de dejarla entre su familia; pero permítame V. que vuelva esta tarde á saber el estado de su salud.

Julia hizo una señal de asentimiento, y Rafael, inclinándose ante ella y ante las dos jóvenes, salió de la estancia.

Julia dijo que había sentido un desvanecimiento; que necesitaba de sosiego y reposo, y se retiró á su cuarto.

Así que se vió sola, un raudal de lágrimas brotó de sus ojos, y los sollozos de que estaba lleno su pecho se escaparon en desgarrador tropel.

Nadie más que aquel y sobre todo *aquella* que la haya padecido, puede explicar cuán amarga es la soledad del alma, esa soledad muda y aterradora que nos envuelve como un sudario, que convierte el pensamiento en un caos de lágrimas y desesperacion.

Julia sentía sobre su corazón aquella losa de hielo que le prensaba, que, le oprimía con inaudita crueldad.

Después de llorar por espacio de mucho rato, el cansancio secó sus lágrimas, sin lograr adormecer los terribles dolores de su espíritu.

Apoyó la frente entre sus manos, y la fatiga la trajo un sopor benéfico, que, sin ser sueño, tendió un velo sobre su amargo presente y su triste porvenir, dejándole sólo los dulces y gratos recuerdos de su pasado.

Ya eran las dos de la tarde cuando volvió á la vida real: alzó los ojos al cielo y le vió puro y azul, porque al horrible frío de las primeras horas de la mañana había sucedido un sol benéfico y alegre, como un mensajero de la piedad infinita de Dios.

La solitaria calle donde habitaba Julia estaba bañada por los plácidos rayos del astro del día: las gentes pasaban entónces para dirigirse á la campiña: algunos ni-

ños jugaban en el centro de una de las ráfagas brillantes de aquella luz cálida, dorada y esplendente: las pobres criaturas, hijas en su mayor parte de miseras familias, que habitaban en heladas buhardillas ó en los húmedos cuartos de los patios, cantaban alegres, reían ó disputaban por un juguete con el plácido gorjeo de la infancia: en los tejados de enfrente brillaba la escarcha á los rayos del sol como un inmenso cristal, y en una angosta ventana, que se veía como un nido de golondrinas, cantaba una joven mientras cosía un bonito traje de lana de colores vivos.

El dolorido corazón de Julia se dilató algun tanto ante aquel cuadro de alegría y de luz; Dios extendía su paternal mirada sobre el mundo, y ella sentía caer sobre su alma el resplandor de la mirada divina.

De nuevo elevó los ojos al cielo, y la joven de la buhardilla, que estaba tan alta que parecía tocar á él, pensó que aquella la miraba, y la saludó graciosamente con la cabeza.

Julia le devolvió el saludo casi con alegría: al ver á aquella joven cabeza que se inclinaba ante ella le pareció que ya no estaba sola en el mundo y que tenía una amiga en su vecina.

Luégo se retiró del balcón: extendió la mirada por su estancia, y brilló en sus ojos un rayo de contento: se acercó á su secreter, le abrió y sacó de él una cantidad de papel blanco y un tintero.

En seguida unió las blancas hojas y las cosió, formando un libro, con una hebra de seda azul como sus ojos: después, como si el pensamiento que llenaba su alma

hubiera sido demasiado grande para contenerse en ella, murmuró en voz baja:

—Yo necesito alguno á quien confiar mis pesares; se los contaré á mi maestro, que está en el cielo, aunque allí se sabe todo lo que nos pasa aquí: sí, los escribiré todos en este libro y él los leerá desde allá arriba.

Julia acabó de arreglar su cuaderno: acercó su veladorcito delante del balcon, abierto á pesar del frio de la tarde; le colocó sobre él, y sentándose, se preparó á escribir.

Al tomar la pluma miró por casualidad á su vecina del tejado; ¡cosa extraña! ella estaba colocando tambien delante de la ventana una mesita, sobre la cual se veia un tintero y un rollo de papel blanco.

La vecina se sentó, no sin haber mirado tambien á Julia, y al ver á ésta con la pluma en la mano, hizo un gesto de sorpresa, y luégo se puso á escribir con rapidez.

Julia la imitó: hé aquí, lector mio, lo que brotó de su pluma, y esto te hará conocer, mejor que todo lo que yo pudiera decirte, su situacion doméstica y el estado de su ánimo y de su corazon.

«París 28 de Noviembre de 1842.»

«A V., mi bueno y querido amigo, á V. sólo puedo yo confiar los dolores que desgarran mi corazon y van acabando lentamente con mi vida. ¡Soy muy desgraciada! hace cuatro años que no entra en mi alma abatida un solo rayo de luz, porque la anubla la noche eterna del dolor.

»¡Oh, qué amarga es, maestro mio, la senda de la

gloria! V. lo sabia, y así me lo dijo en la carta que me escribió y que he recibido há pocos dias; pero por mucha fe que yo tenga en sus palabras, jamas, ¡ah! jamas hubiera creido que tantas y tan profundas penas me guardase la suerte.

»Tanto he sufrido, maestro mio, que no sé por dónde empezar á referirle mis dolores; tanta amargura me cerca, que mi valor desaparece y sólo puedo llorar ante su recuerdo.

»Pero es preciso que yo hable con V., y espero que me dará fortaleza desde el cielo y que alcanzará de Dios, ó que mejore mi suerte, ó valor para soportarla.

»Me casé con un hombre á quien amaba..... á quien amo mucho todavia: era el maestro que sustituyó á usted en mis lecciones de pintura: los dos años primeros se pasaron en un cielo de amor y de dicha; pero luégo ¡ay! la felicidad ha desaparecido de nuestro lado, y él y yo somos completamente desgraciados!»

Julia dejó la pluma y enjugó las lágrimas que de nuevo volvian á brotar de sus ojos, y que corrian por sus mejillas; pero el llanto producido por las heridas del corazon no cesa fácilmente cuando se abre camino: mucho rato permaneció llorando, y luégo prosiguió su triste tarea de esta suerte:

«A V. solo, mi respetable amigo, me atreveria yo á hablar en el mundo del modo que voy á hacerlo: á usted solo descubriria esta herida profunda, que sangra siempre y que oculto con tanto cuidado á la vista de todos.

»Poco despues de casada, mi marido me animó á em-

prender alguna obra de pintura : ya sabe V. cuánto he amado yo siempre nuestro divino arte : empecé un cuadro y se vendió muy bien..... yo fui dichosa, porque nuestra situacion era precaria, y Diego, que así se llama mi marido, pareció alegrarse tambien ; empecé otro cuadro, que se vendió á los breves dias á un precio más subido. Pero entre tanto habia él acabado un cuadro suyo despues de inauditos esfuerzos ; vino á verle el comisionista que compraba los mios, y vinieron otros varios..... mas ninguno quiso ofrecer nada por él, diciendo que era muy mediano ; yo no sé lo que pasó por mí al oírles aquellas palabras ; sentí como frio en el corazon y temblé.

»Era ¡ay de mí! que comprendia que aquello habia de ser un golpe mortal para el amor propio de Diego, y sé que las heridas del amor propio no se curan jamas.

»Mi marido, despues de redoblados esfuerzos, acabó otro cuadro, que nadie quiso tampoco y que tuvo que vender á muy bajo precio ; yo conocia que sus obras no eran buenas, que estaban faltas de vigor y de vida, que habia en ellas grandes defectos ; pero ¿ cómo decírselo ? No me atreví.

»Desde entónces el carácter de Diego, ántes sencillo y alegre, se volvió sombrío y taciturno : esquivaba mi presencia y mis miradas y desviaba de mí la vista con hastío ; jamas tenia para mí una palabra dulce ; ¡y yo le amaba tanto ! ¡ah, mi venerable y querido amigo, cuánto he padecido ya en este mundo !

»Pero fuerza es que tenga valor y que prosiga mi triste relato hasta el fin.

»Mi salud empezó á decaer ; no tenia para compensacion de mis disgustos de artista más que la gloria que ya alcanzaba mi nombre, gloria efimera, que léjos de traer la felicidad á mi hogar, la separaba de él ; dentro de mi casa no tenia atribucion alguna ; mi marido me consideraba de dos modos distintos, pero ambos bien dolorosos para mí : me trataba como á una niña ó como á una criatura imbécil y falta hasta de sentido comun : no he sabido nunca, ni sé hoy, si en mi casa hay dinero ó no : no he tenido nunca la más pequeña cantidad de que disponer : mis vestidos, mi calzado, se han roto, sin que tuviera la libertad de reponerlos ; tenia vergüenza de quejarme de esta baja tiranía, porque me parecia que al quejarme de ella la aceptaba, y que haciendo como que no me ofendia, pasaba sin tocarme : ¡tan ruines son algunas ofensas, que hasta el sentir las causa un invencible rubor !

»Dos hermanas de mi marido que vinieron á casa acabaron de llenar de tormento mi vida : la una es un sér prosaico y material, que no me comprende y que sabe adular á su hermano, quien le da todos los derechos que yo debiera tener : la otra es una niña mal criada, á la que su hermana ha convertido en enemiga mia, y que se divierte en hostilizarme de continuo.

»Un dia, hará cosa de tres semanas, me dijo Diego que yo procuraba deslucir sus cuadros, dando á los mios un colorido demasiado fuerte, y que sería mejor y más lucrativo que me dedicase á dar lecciones ; conocí que no me queria para competidora, y le contesté con la mayor serenidad posible, aunque mi corazon rebosaba de amargura :

»—Haré lo que tú quieras.

»—Ya sabes, repuso él con acritud, que yo no tengo caprichos; si te parece mal lo que te digo, sigue pintando cuadros y haz tu gusto.

»Yo callé : aquella noche vino su hermano de V. para entregarme su legado y me dijo que habia visto un cuadro mio; habia reconocido en mí una discípula de su hermano y deseaba que fuese la maestra de su hija.

» Mi resolucion estaba hecha : no queria pintar más cuadros y estaba decidida á concluir el que tenía empujado y dedicarme á la profesion de maestra de pintura, creyéndome muy dichosa con poder así conquistar el cariño de Diego.

» ¡Y entre tanto la senda de la gloria se abria ante mis ojos! ¡Esa senda con la que tanto habia soñado sin atreverme á esperar poner en ella el pié! ¡Esa senda para mí tan llena de abrojos, pero en la cual hubiera dejado gustosa mi vida! ¡Mi nombre volaba y vuela hoy por todo París! ¡Mis cuadros son buscados y pagados á peso de oro! ¡Cuánto debo amar á Diego, para abandonar así el brillante porvenir que yo soñaba y que ya tocaba mi débil mano!

» Y sin embargo, la gozosa esperanza de recobrar su amor ha vencido al dolor que me causaba el dejar esa senda : le amo á él más de lo que podria amar á todo lo más bello que hay en la tierra.

» Sólo vacilaba mi corazon al leer el tierno legado de usted, mi querido maestro : aquella carta en que me decia que yo tenía genio y que el porvenir era mio; porque yo no sabía que lo tuviese : yo, al rendir culto á mi arte,

sólo obedecia á una necesidad imperiosa de mi alma: pintaba, como los pájaros cantan, por instinto, porque así son dichosos, porque el hacerlo está en su naturaleza, sin esfuerzo, sin afan y sin ambicion.

» Pero así que me dije : — mi maestro no ha mentido nunca : debe ser verdad lo que me asegura desde su tumba : tengo las dotes de que me habla, — ¡oh! entónces, al par que lloraba de gratitud por el beneficio que V. me habia hecho al darme fe en mí misma, lloraba de pesar por tener que menospreciar mi inspiracion!

» Mi amor venció por fin : acabé el cuadro y lloré sobre él, como debe llorar una madre á la que arrancan su último hijo : bien me acuerdo de lo que representaba: la oracion del Señor en el huerto de las Olivas; y aquel asunto, donde el Hombre-Dios se siente desfallecer y pide ayuda á su Padre, fortaleció mi espíritu como un ejemplo benéfico y consolador.

» Luégo el mismo Diego me buscó lecciones entre algunas jóvenes de la clase media, casi todas hijas de honrados comerciantes de la calle de San Dionisio, que no quieren un maestro para sus hijas y prefieren para que las enseñe á una persona de su sexo.

» Pero no he vuelto á recuperar lo que habia perdido en el corazon de Diego, que permanece para mí cerrado é indiferente; á pesar de andar cada mañana grandes distancias con el frio y con la lluvia, á pesar de verme sujeta á mil privaciones, él no me ama, ni aún piensa en lo que yo sufro : ¡oh amigo mio! ¿Será envidia lo que siento? ¿Será ese gusano roedor lo que ha devorado en su alma cuanto habia de bueno y de generoso? Tengo

miedo de creerlo, y algunas veces no puedo dudar ante a dolorosa evidencia.

»Hoy, al salir yo de casa del Conde, su hermano de usted, subía su hijo Rafael: sé que á su vuelta de Roma ha estado en Madrid, y que luego ha venido aquí: tal vez habrá sido para buscarme; pero, mi querido maestro, fuerza es que yo confiese que ni un instante de arrepentimiento he sentido en mi alma de haberme casado con Diego, ni aún á la vista de su hijo, á quien V. destinaba para esposo mio.

»Siento no haber podido cumplir su paternal voluntad: nada más; pero si Diego me amase, no cambiaria mi destino por ninguno de los de la tierra.

»Y no obstante, ya tengo con Rafael una deuda de gratitud; él llegó á tiempo para salvarme de la osadía de los criados de su tío, el Conde, que me insultaban al salir de las habitaciones de la señorita Amanda.

»¡Qué bueno debe ser Rafael, qué noble y generoso! Yo creo que siempre le amaré como á un hermano, lo que tiene poco de extraño, puesto que á V. le amaba tanto ó más que á mi padre.

»¿Y qué mucho? V. era bueno para mí y me defendía siempre de las injusticias de mi familia.

»Pero acabaré por hoy mis ya fastidiosas confidencias, mi querido y excelente amigo, y las acabaré diciendo á usted: aquí estoy, pobre, desgraciada, triste, y sin esperanza de dicha ó de gloria: aquí estoy, obligada por mi esposo á dejar el dulce solaz que mi arte me proporcionaba; nada me queda en el mundo sino la esperanza, esa flor que germina en el alma hasta que nos acostamos en

el sepulcro: no tengo ni una sola amiga á quien pueda desear abrir mi corazón: nadie sabe lo que sufro: el universo entero lo ignora, y yo tengo en ello un melancólico placer.

»Adios por hoy, mi solo amigo y mi único confidente: si V. lee con su mirada inmortal lo que acabo de escribir aquí, apenas conocerá por ello á su pobre Julia, aquella risueña y rubia Julia de quien decía:

»—Si tuviera que pintar á la alegría, tú serías mi modelo.

»Ya no existe nada de lo que en mí hubo: un fúnebre crespón ha cubierto todos mis pensamientos de ventura, y sólo veo sombras en el porvenir.

»Hasta otro día, amigo mio; no dejaré de referir á usted aquí todo cuanto me ocurra, puesto que hoy, después de haberle hablado, me siento mucho menos desgraciada y con un valor que durante largo tiempo he perdido al cielo sin lograr alcanzarle.»

Julia cerró su manuscrito y le guardó cuidadosamente en uno de los cajones de su secreter; luego dirigió sus ojos á las buhardillas del tejado; su vecina había cerrado la ventana, pero á través de los limpios cristales Julia vió que aún se hallaba inclinada sobre su mesilla y que continuaba escribiendo á la débil luz de una vela.

Julia se dijo que había otros seres tan desgraciados como ella, y como ella condenados á la soledad, á la tristeza y al trabajo.

Entró en el comedor y pidió algún alimento; la criada que la sirvió le dió una tarjeta en que se leía:

«*Rafael de Montalvan*; y debajo, escrito con lápiz: *ha venido á informarse de la salud de la señora de Blanford.*»

Julia dejó allí la tarjeta y se fué á acostar con alguna más tranquilidad que en los dias anteriores.

Diego llegó poco despues: venía del teatro: acostóse silenciosamente, y pasados algunos instantes, Julia, que habia fingido estar dormida, le oyó dormir muy de véras y muy tranquilamente en su lecho.

III.

LA REVELACION.

A la mañana siguiente recibió Julia un aviso para que fuese á casa del Conde de Montalvan.

Vistióse, y pocos momentos despues se hallaba en la habitacion de Amanda.

—Querida mia, le dijo ésta, es preciso que hoy empecemos mi retrato; mi primo dice que se alegraria mucho de poseerlo, y yo debo complacerle lo ántes posible.

—Estoy á las órdenes de V., señorita, respondió Julia.

—¿Qué traje opina V. que me ponga?

—Aquel que V. prefiera.

—Debo hablar á V. con franqueza, dijo Amanda, cuyo semblante tomó una expresion muy pronunciada de resolucion, en la que habia no poca parte de despecho concentrado: deseo que en mi retrato me embellezca mucho sin alterar el parecido.

—Eso es algo difícil, repuso Julia: ¿ni de qué serviria tampoco cuando está á la vista el original?

—¿Luego V. me cree muy fea?

—No por cierto; hay otras que lo son mucho más que usted.

—En fin, querida amiga, por la primera vez de mi